

Emir: un abrazo como un reencuentro

Jorge Jure

[La voz de Emir en el contestador] “This is Emirrodriguezmonagal, please leave your message...”. [Yo] “¡Qué gusto escucharlo, aunque más no sea en el contestador!”. Y Emir: “Sí, tiene una cadencia...”.

Era el gusto de escuchar al “Profesor que quería al Uruguay”, a pesar de tanto. Y era el temor a no sentirlo más, que nos inundó en el 85.

Lo había conocido algo más de un año antes, en una conferencia que yo había propiciado en el Marymount Manhattan College, coordinando con el Director de estudios hispánicos, Dr. Alvarado, para sus “Hispanic Series”. En las invitaciones –a las que respondieron asistiendo varios uruguayos, muchos alumnos y profesores y, nota inesperada, varias monjas vinculadas a esa universidad, de origen católico– no mencionábamos, por razones obvias, al Consulado uruguayo.

Esa tarde nos resulta todavía entrañable, un reencuentro a través de Emir con un Uruguay perdido. Y también por la admiración y orgullo que aquel Profesor nos inspiró. En el Uruguay deshilachado, condenado, temible, de 1984, la conferencia de Emir sobre “Neruda y el Nóbel”, llena de anécdotas teñidas de humor, propias de su sabiduría, fue un reencuentro con el Uruguay, culto y convivial, que buscábamos en la oscuridad. Como cónsul y encargado del Consulado General en Nueva York, aquel tejido de la cultura nuestra, sencilla y orgullosa, que habíamos sabido crear y disfrutar, en alguna época, aparecía en jirones, retazos que, a tientas, tratábamos de unir.

Al terminar la conferencia, el Profesor aceptó nuestra invitación para cenar juntos y allí cerca, entre las calles 64 y 71 del Este de Manhattan, donde funcionaban los locales universitarios, fuimos con él, los artistas plásticos Rimer Cardillo, Lydia Cabrera y mi amiga Jovita Castillo, entre otros amigos.



Ese encuentro fue como un largo abrazo, que nos marca hasta ahora a quienes lo vivimos. ¡Emir nos hablaba de Julio Herrera y Reissig y de Rodó! ¡Y con admiración y respeto! Sentíamos que estaba por encima de la necesidad de algunos intelectuales de mostrarse condescendientes o irónicos y cínicos, para probar que conocen “algo más”. “Un precursor del modernismo” nos decía hablando de la Torre de los Panoramas. Y a nosotros nos latía el corazón de alegría porque vivíamos de nuevo las bases firmes y probábamos los tejidos aptos para recomponer, algún día, el Uruguay, el Uruguay querido, aquel, el nuestro.

El entusiasmo fue mutuo y Emir volvió de su New Haven a la ciudad de Nueva York más de una vez para encontrarnos. Una de esas veces vino a verme al Consulado, supongo que sería aún 1984, mediados... Entró al caer la tarde, apurado, iba a una cena a la que yo no podía asistir por algún motivo que ahora lamento. Estaba lleno de vigor, impecable, elegante y contento. Nos sentamos a conversar en mi despacho y confesó que era la primera vez que venía al Consulado en años. “Yo era socialista” me dijo y sabíamos que hablaba de sus varios exilios, empujado de izquierda y derecha. Otra vez el sentimiento de reencuentro, evocado ahora en ese espacio de todos. Hablamos de Melo y de Nico-Batlle, de Londres y de Estados Unidos...

“En esta mesa nos encontramos con los artistas Julio Alpuy, Polly Ferman, Antonio Frasconi, Rimer Cardillo, Lydia Cabrera y el Profesor Emir Rodríguez Monegal, (repito) Emir Rodríguez Monegal, acompañado de John Dwyer, encargado de cultura de la Americas Society (su alumno)”.

Hacia yo de “animador” o conductor, de una multitudinaria reunión de compatriotas en el salón de fiestas “Astoria Manor” (Astoria, Queens). Allí, donde la “Comisión 25 de Agosto” (Nueva York), el “Club Uruguay Cerro” (Orange, NJ), la “Escuela José Pedro Varela” de Queens y la “Escuela Artigas-Washington” de Elizabeth, NJ, junto con el Consulado, estábamos organizando una recepción para dar la bienvenida al primer presidente de Uruguay electo luego de la dictadura. El Dr. Julio María Sanguinetti llegaba a Nueva York para participar en la Asamblea de la ONU, octubre de 1985, acompañado de su esposa, profesora Marta Canessa y de una delegación de parlamentarios de todos los partidos políticos. Los uruguayos celebrábamos con tambores, gritos y pericones el esperado retorno del Uruguay. Ahora teníamos una Patria.

“Uruguay, Uruguay, Uruguay” era el único clamor, atronador, de las casi dos mil personas que se repartían en mesas y se sacaban fotos y se abrazaban en la algarabía de esa hermosa sala de fiestas. Actuó con un maravilloso Pericón Nacional de doce parejas, el grupo folclórico “El Trasfoguero Oriental”, dirigido por Guzmán Parodi (bastonero) y su esposa, Odila. Y allí estaba Emir, sostenido por su alumno, con un aspecto que no presagiaba nada

bueno. Sanguinetti lo reconoció y lo invitó a viajar a Uruguay para condecorarlo.

Luego vino el viaje de Emir a Montevideo con su esposa, Selma Rodríguez, el afortunado contacto telefónico con la profesora Lisa Block de Behar y su esposo, el ingeniero Isaac Behar, para coordinar el viaje y el regreso a New Haven, Connecticut.

Al teléfono, a veces, respondía Emir...

Unas semanas después de su partida, fuimos con Jovita y su perrita Fulgencia a plantar flores allí donde se lo recuerda, en New Haven. Emir ya no estaba, pero nos había pasado la llama, la pasión por los derroteros literarios (y otros) de los que las tierras uruguayas a veces son testigo. Esos por los que transita Lisa. Gracias.

.....
